

UNA GENERACIÓN QUE ARDE

FIRMES EN LA FE • LLENOS DEL ESPÍRITU • ENVIADOS CON PROPÓSITO

EL LIDERAZGO
JUVENIL
P.5

JÓVENES CON
IDENTIDAD
P.8-9

JUVENTUD EN LAS
MISIONES
P.10-11

UNA GENERACIÓN
ENCENDIDA
P.13

CONSEJOS PARA EL
JOVEN PREDICADOR
P.16-17

www.elevangelistapentecostal.com

Síguenos a través de las plataformas digitales





PERIÓDICO OFICIAL DE LA
IGLESIA DE DIOS PENTECOSTAL
MOVIMIENTO INTERNACIONAL
REGIÓN DE PUERTO RICO

Rdo. Héctor R. Ayala Vega, administrador
EL EVANGELISTA PENTECOSTAL

DEPARTAMENTO DE COMUNICACIONES

Rdo. Julio Narváez Vélez, director

COMITÉ REDACCIÓN

Rdo. Rafael Laboy Fúster, director

Rdo. Franqui Pérez Medina, subdirector

Rdo. Rafael López, miembro

Pastor Alexander Zorrilla Andújar, miembro

Pastor Josué Meléndez, miembro

CUERPO EJECUTIVO REGIONAL

Rdo. Hernán Rivera Rivera, obispo regional

Rdo. Ángel A. Rivera Rivera, 1er. vicepresidente

Rda. Olga I. Rivera Acevedo, 2da. vicepresidente

Rda. Mildred L. Zayas López, secretaria

Rdo. Héctor R. Ayala Vega, tesorero

Rdo. Abisaf Nieves Bernard, subsecretario

Rdo. Ricardo Montañez Torres, subtesorero

Rdo. Gerardo A. Vázquez Muñoz, 1er. vocal y

Director Depto. Misiones y Evangelismo

Rdo. Edwin Pagán Feliciano, 2do. vocal

Rdo. Jesús D. Rodríguez Alvarado, 3er. vocal

Rdo. Rafael Vázquez Urquía, 4to. vocal

CUERPO

EJECUTIVO INTERNACIONAL

Rdo. William Hernández Ortiz, obispo internacional

Rdo. César Pérez Corales, vicepresidente

Rdo. Lester Rivera Rivera, secretario

Rdo. Natanael Arroyo Cruz, tesorero

Rdo. Antonio Gerena Medina, director de Misiones

Rdo. Orlando Island Eusebio, vocal 1

Rdo. Wilfredo Martínez, vocal 2

Diseño: Magaly Ortiz Albert

Edición impresa y digital

Publicado en Puerto Rico

El Evangelista Pentecostal

PO Box 21065 Río Piedras, Puerto Rico 00928

Teléfono: (787) 763-6363 • Fax (787) 999-0353

Email: periodicoevangelista@writeme.com

EL EVANGELISTA PENTECOSTAL (UPS) 169-860

Published monthly by

Iglesia de Dios Pentecostal Movimiento Internacional

Región de Puerto Rico at Lomas Verdes

Ave. Marginal 18-20 (Behind Olmedo Plaza)

Monacillo, Río Piedras, Puerto Rico 00926

Periodicals Postage Paid

San Juan, Puerto Rico 00936

El Periódico El Evangelista Pentecostal

se reserva el derecho de prensa,

de editar los artículos de nuestros colaboradores,
quienes admiten la responsabilidad de los mismos.

2

Una juventud llena del poder del Espíritu Santo

MESA EDITORIAL



Rdo. Franqui Pérez
SUBDIRECTOR

*“Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que
en ti por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu
de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.”*

2 TIMOTEO 1:6-7 (RVR1960)

Las Sagradas Escrituras nos muestran que, a través de los tiempos, Dios ha llamado a jóvenes para ser parte de su perfecto y maravilloso plan. Samuel y David son solo dos ejemplos de una generación que respondió al llamado de Dios y experimentó su dirección y respaldo. Sus vidas nos recuerdan que la juventud nunca ha sido un impedimento para que Dios cumpla sus propósitos; por el contrario, Él ha levantado jóvenes dispuestos a escuchar Su voz, obedecerle y servirle.

En el Nuevo Testamento encontramos también a Timoteo, un joven llamado por Dios para servir en medio de grandes desafíos. El apóstol Pablo, experimentado en pruebas, luchas y oposición, conocía muy bien las exigencias del ministerio. Por eso, sus palabras a Timoteo no eran un consejo superficial, sino una exhortación urgente: *debía avivar el fuego del don de Dios que estaba en él.*

Pablo sabía que Timoteo necesitaría más que sus propias capacidades para enfrentar los retos presentes y los que aún estaban por llegar. Necesitaba recordar que Dios no le había dado espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. Poder para permanecer firme frente a la adversidad; amor para servir y proclamar el evangelio

de Cristo; y dominio propio para vivir con fidelidad y carácter delante de Dios.

La exhortación de Pablo a Timoteo sigue vigente para la juventud de hoy. En medio de una generación que enfrenta grandes desafíos, Dios continúa llamando a jóvenes dispuestos a servirle, permanecer firmes en Su Palabra y vivir bajo la dirección del Espíritu Santo; jóvenes que, mediante su carácter, fidelidad y compromiso con el Señor, den testimonio de una vida transformada por Su poder.

Como Iglesia, tenemos la responsabilidad de acompañarlos, afirmarlos en la fe y procurar que cada nueva generación conozca y experimente la plenitud del Espíritu Santo. No basta con preparar jóvenes capaces para asumir responsabilidades; necesitamos una juventud fortalecida espiritualmente, sensible a la voz de Dios y dispuesta a responder a Su llamado.

Esta generación necesita el mismo poder, amor y dominio propio del que Pablo habló a Timoteo. Frente a los retos de nuestro tiempo, nuestra oración y nuestro compromiso deben ser *que se levante una juventud llena del Espíritu Santo, preparada para servir, permanecer firme y ser testigo del poder de Dios* dondequiera que el Señor la coloque.

INQUEBRANTABLES

"Como diamante, más fuerte que pedernal he hecho tu frente; no los temas, ni tengas miedo delante de ellos, porque son casa rebelde."

EZEQUIEL 3:9 (RVR1960).

RDO. HERNÁN RIVERA RIVERA, OBISPO



Iglesia de Dios
Pentecostal MI
Región de Puerto Rico

RDO. HERNÁN RIVERA RIVERA,
OBISPO



La declaración de Dios al profeta Ezequiel revela una verdad poderosa para todo creyente llamado a vivir y servir en tiempos difíciles. El Señor no prometió la ausencia de oposición; prometió la fortaleza necesaria para enfrentarla. La imagen del diamante comunica firmeza, resistencia y permanencia frente a una sociedad que desafía constantemente los principios de Dios. Ese mismo llamado sigue vigente para quienes desean permanecer fieles en esta generación.

La palabra inquebrantable, según la Real Academia Española, significa "que persiste sin quebranto o que no puede quebrantarse". Entre sus sinónimos encontramos firme, inalterable, diamantino, inexpugnable e irrompible. Sin embargo, el concepto bíblico va mucho más allá de una definición. Ser inquebrantable no es una cualidad que nace del carácter humano, sino una obra de Dios en la vida de quienes deciden permanecer fieles a Él.

ENTENDIDOS EN LOS TIEMPOS

Pero ¿cómo puede un creyente permanecer inquebrantable en una generación cada vez más desafiante? La respuesta comienza con una cualidad que distinguió a los hijos de Isacar.

"De los hijos de Isacar, doscientos principales, entendidos en los tiempos, y que sabían lo que Israel debía hacer, cuyo dicho seguían todos sus hermanos."

1 Crónicas 12:32 (RVR1960).

No es simplemente vivir y existir; es saber por qué vivo, para qué vivo y en qué tiempo vivo. La verdadera sabiduría consiste en conocer el tiempo que Dios nos ha concedido y estar preparados para cumplir la encomienda divina en nuestra generación.

Es un grave error vivir mirando hacia atrás, intentando repetir lo que otros hicieron, con sus virtudes y también con sus sombras. Tan equivocado como eso es vivir adelantados al futuro, descuidando las responsabilidades del presente. Dios nos llamó a vivir nuestra temporada, enfrentando los retos y las realidades de este tiempo.

Muchos pierden la oportunidad de cumplir su propósito porque permanecen atrapados en el pasado o consumidos por la ansiedad del futuro. Nuestra responsabilidad es vivir el presente con fidelidad y dejar un legado para las generaciones que vendrán.

Sin embargo, comprender nuestro tiempo también implica evitar dos extremos. Algunos viven en un fatalismo continuo, incapaces de encontrar esperanza o solución para nada. Otros se refugian en una burbuja irreal, donde todo parece positivo y la fe se reduce a pensar que nunca habrá problemas ni adversidades. La perspectiva bíblica es diferente: vivamos con los pies sobre la tierra y la mirada en el cielo, reconociendo nuestra fragilidad, pero confiando plenamente en la omnipotencia de nuestro Dios.

UNA FORTALEZA QUE PROVIENE DE DIOS

Ahora bien, esa firmeza no nace de la capacidad humana. La Biblia presenta un concepto muy distinto de lo que significa ser verdaderamente inquebrantable.

Ser inquebrantable no es un concepto humanista que exalte el poder del hombre sin la ayuda de Dios. Tampoco es una idea que justifique las acciones humanas sin una evaluación ética, moral y espiritual.

La intención bíblica es confrontarnos con la realidad del tiempo que vivimos. No corras. No salgas huyendo. No te atemorices. Acepta los grandes desafíos de la sociedad moderna. Algunos serán parte de los avances de la época; otros habrá que enfrentarlos con firmeza, sin temor y sin claudicar.

Cada generación enfrenta sus propios retos y sus propias oposiciones. Los hijos de Isacar entendían los tiempos y sabían lo que Israel debía hacer. Ese también es nuestro desafío. Yo te reto a que seas entendido en los tiempos y sepas lo que Dios espera de ti.

El Dios soberano nunca nos deja solos ni nos abandona. Él nos prepara para enfrentar con firmeza los retos particulares de nuestra generación y salir airoso por medio de Su poder.

FIRMES FRENTE A LOS DESAFÍOS DE NUESTRA GENERACIÓN

No es casualidad que Dios utilizara la figura del diamante. El diamante es el mineral natural más resistente que existe. Así también, Dios fortalece nuestra vida, no para alimentar la prepotencia humana, sino para que no nos acobardemos y dependamos completamente de Su soberanía y de Su poder.

No le tengas miedo a las grandes presiones de este tiempo. Afirma tu fe. No te avergüences. No retrocedas. Prepárate.

Vivimos en una época en la que se cuestiona nuestra fe, la veracidad de Dios y la autoridad de la Biblia. Corrientes como el relativismo, el escepticismo, el secularismo, el individualismo, el egocentrismo y el hedonismo intentan desplazar a Dios del centro y debilitar las convicciones del creyente. Frente a ellas, la Palabra de Dios sigue proclamando verdades absolutas y Jesucristo continúa afirmando: "Yo soy... la verdad."

Podríamos mencionar muchas otras corrientes filosóficas que buscan amedrentarnos. Sin embargo, Dios nos recuerda que nos ha hecho inquebrantables para permanecer firmes, defender la fe y sostener nuestros principios.

Es nuestra responsabilidad, frente a los desafíos de nuestro tiempo, no mirar hacia abajo ni hacia los lados, sino mantener la frente en alto y avanzar con firmeza y sin miedo.

Para permanecer incólumes frente a las amenazas de nuestra generación se necesita conocimiento. Los hijos de Isacar entendían los tiempos y sabían lo que Israel debía hacer. Nosotros también estamos llamados a conocer la verdad y vivir conforme a ella.

Como afirmó nuestro Señor Jesucristo:

"Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres."

Juan 8:32 (RVR1960).

RELACIÓN ENTRE GENERACIONES

EN LA
iglesia



Rdo. William Hernández Ortiz

OBISPO IDPMI SEDE INTERNACIONAL

La Iglesia de Dios Pentecostal, M.I. en su estructura organizacional, ha reconocido la realidad de la existencia de diversas generaciones en su seno, las cuales deben ser tomadas en cuenta en el funcionamiento de la iglesia.

Dios, a través del profeta Isaías, dejó clara su relación con todas las generaciones: “¿Quién hizo y realizó esto? ¿Quién llama a las generaciones desde el principio? Yo Jehová, el primero, y yo mismo con los postreros” (Isaías 41:4).

La iglesia es una familia espiritual formada por personas de distintas edades, con experiencias variadas y perspectivas que difieren. Niños, jóvenes, adultos y ancianos tienen dones, necesidades y aportes únicos.

Esa diversidad nos reta a considerarla como una fortaleza que debe cultivarse para fomentar las relaciones entre las distintas generaciones. Como menciona el profeta, es Dios quien las ha llamado desde antes de su existencia con un propósito. Los adultos aportan sus experiencias, sabiduría y testimonios, proveyendo orientación a las nuevas generaciones. Por su parte, los jóvenes contribuyen con su creatividad, entusiasmo y formas innovadoras de comunicar el evangelio de Jesucristo.

Crear un ambiente de confianza y aprendizaje es necesario para construir relaciones donde los prejuicios y las contiendas no hallen cabida. Esto se puede lograr mediante actividades intergeneracionales que propicien la participación conjunta en estudios bíblicos, retiros, celebraciones, actividades sociales y proyectos de servicio a la comunidad.

El resultado será una mayor sinergia entre los grupos, rompiendo las barreras de edad y creando un sentido de pertenencia al compartir experiencias cotidianas. También es importante establecer programas de mentoría en los que los adultos puedan acompañar a los jóvenes en su crecimiento espiritual,

académico y personal. A su vez, los jóvenes pueden ayudar a los adultos en el manejo de la tecnología y de los nuevos medios de comunicación. El énfasis debe estar en el crecimiento mutuo, sin que medie ningún sentido de superioridad entre los grupos.

Valorar la participación de cada generación en los cultos y ministerios es fundamental para el desarrollo de una iglesia espiritualmente saludable. Los niños deben ser considerados e integrados en actividades especiales; los jóvenes pueden involucrarse en la música, la evangelización y la comunicación; mientras que los adultos pueden aportar liderazgo, organización, testimonios y oración por la congregación. De esta manera, cada generación contribuye a la edificación colectiva del cuerpo de Cristo.

Se debe desarrollar un ambiente donde todos se sientan necesarios y reconocidos. Este esfuerzo no surgirá de manera espontánea ni improvisada; requerirá intencionalidad, paciencia, humildad y consideración de unos para con otros.

Existirán diferencias de opiniones y estilos; sin embargo, no esperamos que todos sean iguales, porque esa no es la definición de unidad. La unidad implica aprender juntos, respetándose, colaborando y cuidándose mutuamente a medida que interactúan y desarrollan relaciones saludables.

Dios ama a todas las generaciones y su voluntad es que exista entre ellas una relación saludable que se fortalezca a medida que interactúan unas con otras.

“Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones” (Deuteronomio 7:9).

Una iglesia unida entre generaciones transmitirá un mensaje poderoso a la comunidad que la rodea.



EL LIDERAZGO

JUVENIL EN LA IGLESIA Y

La responsabilidad de influenciar la sociedad

RDO. ÁNGEL A. RIVERA RIVERA, 1ER. VICEPRESIDENTE,
IDPMI REGIÓN DE PUERTO RICO | PASTOR IDPMI ARECIBO



LIDERAZGO QUE NACE EN LA PRESENCIA DE DIOS

Cada generación enfrenta sus propios desafíos, pero también recibe de Dios oportunidades extraordinarias para cumplir Su propósito. La juventud de hoy vive en medio de una sociedad marcada por la confusión moral, el relativismo, el individualismo y una creciente indiferencia hacia los valores del Reino de Dios. Precisamente en este contexto, el Espíritu Santo continúa levantando jóvenes con una profunda convicción espiritual para convertirse en instrumentos de transformación y esperanza.

La iglesia no puede mirar a la juventud únicamente como el futuro; debe reconocerla como una fuerza ministerial del presente. Dios siempre ha llamado y utilizado a jóvenes para cumplir grandes propósitos. José gobernó en tiempos de crisis; David enfrentó a Goliath cuando otros retrocedían; Jeremías fue llamado desde su juventud; Timoteo pastoreó la iglesia siendo joven. El denominador común en todos ellos no fue la edad, sino la disposición para obedecer el llamado de Dios.

El liderazgo juvenil comienza mucho antes de ocupar una posición. Nace en el altar de la comunión con Dios, se fortalece mediante la disciplina espiritual y se evidencia en una vida de integridad.

Ningún liderazgo será verdaderamente efectivo si primero no ha sido moldeado por el Espíritu Santo. Antes de dirigir personas, Dios forma el carácter del líder. Antes de conceder influencia pública, desarrolla una vida privada de oración, obediencia y fidelidad.

El apóstol Pablo escribió a Timoteo: *“Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza”* (1 Tim. 4:12).

Ese continúa siendo el modelo para cada joven cristiano. La verdadera autoridad espiritual no proviene del talento, del conocimiento o del carisma; proviene del testimonio de una vida rendida completamente al señorío de Jesucristo.

Como Iglesia de Dios Pentecostal, Movimiento Internacional, afirmamos que el liderazgo juvenil debe estar cimentado en la autoridad absoluta de las Sagradas Escrituras, la llenura del Espíritu Santo y la fidelidad a la sana doctrina. Nuestros jóvenes necesitan mucho más que actividades; necesitan formación bíblica, discipulado intencional, acompañamiento pastoral y oportunidades para desarrollar los dones que Dios ha depositado en ellos. La iglesia tiene la responsabilidad de preparar una generación que conozca la verdad, la defienda con amor y la proclame con valentía.

LLAMADOS A INFLUENCIAR LA SOCIEDAD

Sin embargo, el liderazgo juvenil no termina dentro del templo. Cristo declaró que somos la sal de la tierra y la luz del mundo. Esa comisión incluye la familia, la universidad, los centros de trabajo, las comunidades y también los espacios digitales donde hoy se libran importantes batallas por la mente y el corazón de las personas. Allí también debe escucharse una voz que proclame la verdad del evangelio con convicción, gracia y autoridad espiritual.

Influir positivamente en la sociedad no significa acomodarse a sus tendencias para obtener aceptación. Significa vivir de tal manera que Cristo sea visto en nosotros. La sociedad necesita jóvenes que reflejen el fruto del Espíritu, que amen la justicia, practiquen la misericordia, vivan en santidad y anuncien con firmeza que

Jesucristo sigue siendo la única esperanza para la humanidad. Las convicciones bíblicas nunca deben sacrificarse para ganar popularidad.

La iglesia está llamada a transformar la cultura, no a ser transformada por ella.

Hoy más que nunca necesitamos una generación que comprenda que el liderazgo cristiano no consiste en ocupar plataformas, sino en cargar la cruz; no consiste en buscar reconocimiento, sino en servir; no consiste en construir una imagen personal, sino en exaltar el nombre de Jesucristo. El Reino de Dios sigue avanzando mediante hombres y mujeres que han decidido morir a sí mismos para que Cristo sea glorificado.

Oro para que el Señor continúe levantando una juventud apasionada por Su presencia, enamorada de Su Palabra, llena del Espíritu Santo y comprometida con la Gran Comisión. Jóvenes que comprendan que fueron llamados no para parecerse al mundo, sino para transformarlo mediante el poder del evangelio.

Cuando una generación decide vivir bajo el señorío de Cristo, la iglesia se fortalece, la sociedad recibe esperanza y el nombre del Señor es exaltado. Ese es el liderazgo que debemos cultivar, impulsar y legar a las generaciones que vienen detrás.

EL ROL DE LOS PADRES

EN LA CRIANZA DE

Hijos Jóvenes



RDO. ISAAC RUIZ LÓPEZ
DIRECTOR DECF

La responsabilidad parental constituye uno de los encargos más significativos que Dios confía a los adultos. Los padres son llamados a disciplinar y educar a sus hijos en la disciplina y amonestación del Señor, animándolos, consolándolos y exhortándolos a vivir vidas dignas de Dios. Esta tarea no es secundaria ni puede delegarse completamente a otras instituciones; representa el fundamento sobre el cual se construye la formación integral de la siguiente generación.

La familia, más que la iglesia o la escuela, posee la responsabilidad primaria en la formación de los hijos, especialmente en su instrucción bíblica y espiritual. Durante los primeros años, gran parte de lo que los niños creen y comprenden acerca de Dios proviene de lo que observan y reciben de sus progenitores. Esto sitúa una gran responsabilidad sobre los padres, pero también revela la importancia de que la iglesia los acompañe y equipe.

Por esta razón, la iglesia debe

comprometerse no solamente con el discipulado de niños y adolescentes,

sino también con el discipulado de los padres. Si los progenitores no crecen en su propia fe, tendrán poco que transmitir a la siguiente generación. El ministerio juvenil efectivo, entonces, no puede limitarse a programas dirigidos exclusivamente a los jóvenes; requiere una visión integral que fortalezca a toda la familia.

LA FE SE MODELA ANTES DE ENSEÑARSE

Un aspecto fundamental de la formación espiritual radica en la manera en que la fe es transmitida. Esta se nutre cuando los padres dedican tiempo a sus hijos, viven coherentemente sus convicciones mediante palabras y acciones, atienden sus necesidades físicas y emocionales y proporcionan un ambiente de seguridad.

La formación espiritual debe ser modelada por los padres y no simplemente ordenada. Para que los hijos lleguen a hacer propia su fe, necesitan primero verla vivida en sus progenitores y escuchar cómo Dios ha obrado, bendecido, sostenido y protegido a su familia.

Por eso, los padres no solo necesitan enseñar acerca de Dios; necesitan cultivar su propia relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Difícilmente podrán transmitir a sus hijos una pasión espiritual que no esté presente en su propia vida.

Si un padre habla de confiar en Dios, pero el hijo nunca lo ve confiar; si habla de la importancia de la oración, pero nunca lo ve orar; o si insiste en el valor de la Palabra, pero esta ocupa poco lugar en su propia vida, el mensaje pierde credibilidad. Los jóvenes perciben rápidamente la autenticidad, pero también reconocen la incoherencia entre lo que se enseña y lo que se vive.

Por eso, una de las enseñanzas espirituales más poderosas ocurre cuando los hijos observan a sus padres buscar a Dios sinceramente. Es fundamental que vean de manera concreta que la oración realmente importa en el hogar. Los momentos de oración familiar, la lectura de la Palabra y las expresiones cotidianas de fe pueden poseer una fuerza evangelizadora mayor que muchos discursos.

CUANDO COMIENZAN LAS PREGUNTAS

La educación en la fe debe adaptarse al crecimiento de cada hijo. Durante la adolescencia aparecen el cuestionamiento, la búsqueda, el examen de las convicciones recibidas y la necesidad de desarrollar una identidad propia. La reflexión y el razonamiento adquieren mayor importancia, y aquello que anteriormente el hijo aceptaba porque sus padres lo enseñaban comienza ahora a ser examinado personalmente.

Surgen preguntas que antes quizás no existían: "¿Por qué creemos esto?", "¿Por qué tengo que hacerlo?", "¿Cómo sé que Dios es real?" o "¿Por qué nuestra familia vive de esta manera?".

Estas preguntas pueden ser interpretadas rápidamente por los adultos como rebelión o rechazo, cuando en muchas ocasiones forman parte del proceso mediante el cual el adolescente comienza a hacer propia su fe.

Por esta razón, los padres necesitan crear espacios seguros donde sus hijos puedan preguntar, reflexionar y expresar sus inquietudes sin sentirse inmediatamente juzgados. La experiencia espiritual no puede imponerse; debe presentarse de manera que el joven pueda responder a Dios desde una fe que él mismo comienza a comprender y abrazar.

A medida que avanza hacia una adolescencia más madura, aquellas convicciones que ha examinado comienzan a afirmarse y puede surgir también el deseo de expresar y testificar acerca de aquello que ahora reconoce como su propia fe.

La meta no es criar hijos que simplemente repitan las convicciones de sus padres, sino hijos que lleguen a conocer a Dios y desarrollen una relación genuina con Él.

DISCIPLINAR TAMBIÉN ES DISCIPULAR

La disciplina parental requiere un cuidadoso equilibrio entre amor incondicional, nutrición espiritual, límites y corrección dentro de un contexto de discipulado cristiano.

Desde una perspectiva bíblica, el objetivo no consiste solamente en modificar una conducta externa. Los hijos no necesitan únicamente aprender a comportarse; necesitan que su corazón sea formado y, en última instancia, conocer la salvación que Dios ofrece.

Esta comprensión transforma la disciplina. Ya no se trata simplemente de castigar una conducta

incorrecta, sino de corregir con el propósito de formar el carácter. Los padres deben aprender a alentar tanto como corrigen, demostrando compasión, amabilidad, humildad, gentileza y paciencia.

A medida que los hijos crecen, también necesitan ser tratados de acuerdo con su nivel de madurez. Explicar el fundamento de las reglas familiares puede ser mucho más formativo que simplemente exigir obediencia sin diálogo. El autoritarismo y una severidad excesiva pueden levantar barreras en la relación y dificultar precisamente aquello que los padres desean alcanzar: el corazón de sus hijos.

ESCUCHAR PARA PODER ACOMPAÑAR

La comunicación ocupa un lugar esencial durante estos años. Los padres necesitan mantener un diálogo fluido con sus hijos, instruirlos en la Palabra de Dios y, al mismo tiempo, aprender a escucharlos genuinamente.

Cuando un adolescente percibe que puede hablar sin ser inmediatamente condenado, aumenta la posibilidad de que busque a sus padres cuando enfrente problemas, dudas o decisiones difíciles.

Pero escuchar requiere tiempo, y ese tiempo debe convertirse en una prioridad familiar. Los hijos necesitan saber que son suficientemente importantes como para que sus padres detengan otras actividades y los escuchen.

Los padres no necesitan ser perfectos, pero sí coherentes, presentes y honestos. Reconocer un error y pedir perdón puede convertirse en una poderosa enseñanza espiritual. Cuando un padre tiene la humildad de decir: "Me equivoqué, perdóname", no pierde autoridad; por el contrario, modela arrepentimiento, humildad y gracia.

CUANDO COMIENZAN A TOMAR DISTANCIA

Con el crecimiento y el desarrollo de una identidad propia puede producirse cierto distanciamiento entre padres e hijos. Los adolescentes desarrollan intereses, amistades, actividades y perspectivas diferentes.

Ante esta realidad, los padres pueden intentar que sus hijos permanezcan dentro de su mundo o pueden hacer el esfuerzo de acercarse prudentemente al mundo de ellos. Conocer sus intereses, conversar sobre lo que les preocupa, interesarse por sus actividades y compartir tiempo juntos puede abrir puertas extraordinarias para fortalecer la relación, siempre que esos intereses no contradigan los principios bíblicos.

No siempre debemos esperar que nuestros hijos entren en nuestro mundo. Algunas veces somos nosotros quienes necesitamos acercarnos al suyo para comprenderlos mejor.

Este acercamiento no significa abandonar la autoridad parental ni los principios establecidos en el hogar. Significa reconocer que el hijo está creciendo y que la relación también necesita madurar.

UNA FE PARA TODOS LOS DÍAS

Uno de los grandes desafíos de esta etapa consiste en ayudar a los jóvenes a integrar la fe con la totalidad de su vida.

Cuando no existe conexión entre la mente, el corazón y la fe, puede desarrollarse una espiritualidad fragmentada: jóvenes que pueden ser "cristianos de domingo", pero cuya relación con Dios tiene poca influencia sobre sus decisiones, amistades, estudios, relaciones y proyectos.

La fe que perdura es aquella que aprende a relacionarse con la vida real.

Por eso, durante estos años críticos, los padres necesitan ayudar a sus hijos a pensar bíblicamente, no solamente a memorizar respuestas. Deben enseñarles a preguntarse qué significa seguir a Cristo cuando toman decisiones, escogen amistades, enfrentan presiones, establecen relaciones o proyectan su futuro.

El objetivo es que comprendan que el cristianismo no constituye solamente una actividad religiosa, sino una manera de vivir.

CUANDO YA NO PODEMOS DECIDIR POR ELLOS

Llega un momento difícil para todo padre: reconocer que no puede tomar todas las decisiones por sus hijos.

Durante la niñez, los padres establecen gran parte del rumbo; pero, a medida que los hijos crecen, deben asumir responsabilidad por sus propias decisiones y, especialmente, por su relación con Dios.

Aquí la oración adquiere una importancia extraordinaria.

Después de enseñar, modelar, corregir y acompañar, los padres necesitan aprender a confiar en que Dios también está obrando en sus hijos. El adolescente deberá atravesar sus propios procesos, enfrentar sus preguntas y tomar decisiones que contribuirán a hacer suya la fe que recibió.

Dios ama a nuestros hijos y puede encontrarse con ellos aun en medio de sus preguntas, crisis y procesos. Los padres siembran, enseñan, modelan, corrigen, oran y acompañan; pero es Dios quien obra profundamente en el corazón. Por eso, pueden descansar en esta promesa:

"...el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo".

— Filipenses 1:6 (RVR1960)

Los padres siembran, enseñan, modelan, corrigen, oran y acompañan; pero es Dios quien obra profundamente en el corazón.

LA PATERNIDAD NO TERMINA CON LA GRADUACIÓN

La responsabilidad parental tampoco desaparece cuando los hijos terminan la escuela superior, ingresan a la universidad o comienzan su vida profesional.

Los adultos emergentes todavía están desarrollando aspectos importantes de su identidad, vocación, relaciones y fe. Aunque puedan considerarse completamente independientes, continúan necesitando adultos maduros que los amen y estén dispuestos a sostener conversaciones reflexivas, compasivas y esperanzadoras.

La relación, naturalmente, debe cambiar.

Ya no se acompaña de la misma manera a un niño que a un joven adulto. El control debe ceder espacio a la influencia; las órdenes, cada vez más, deben dar paso al consejo; y la supervisión constante debe transformarse en una presencia disponible y amorosa. Una llamada telefónica, un mensaje o compartir juntos alguna actividad puede comunicar algo profundamente significativo: "Todavía eres importante para mí".

Muchas veces las conversaciones más profundas no ocurren cuando se planifican. Surgen mientras se conduce, se pesca, se cocina, se toma un café o simplemente se comparte tiempo juntos. Dedicar tiempo significativo a estar con ellos comunica valor, interés y amor.

UN COMPROMISO PARA TODA LA VIDA

La paternidad no es simplemente un trabajo que termina cuando los hijos alcanzan determinada edad. Es un compromiso de por vida para amar, apoyar, orientar y alentar su crecimiento.

También es una responsabilidad demasiado grande para llevarla en aislamiento. Los padres necesitan el respaldo de la iglesia y de otros adultos maduros que puedan convertirse en influencias saludables para sus hijos.

La meta final de la crianza cristiana no consiste solamente en formar jóvenes educados, responsables o exitosos. La visión es mucho mayor: levantar una generación de hombres y mujeres que conozcan a Dios, hagan suya la fe, vivan conforme a ella y estén dispuestos a transmitirla a quienes vienen detrás; hombres y mujeres fieles que contribuyan a edificar la iglesia de Cristo, transformar vidas y extender el reino de Dios de generación en generación.

La Escritura expresa este principio generacional:

"Generación a generación celebrará tus obras, y anunciará tus poderosos hechos."
— Salmo 145:4 (RVR1960)

La formación espiritual de los hijos no ocurre solamente cuando la familia abre la Biblia para un devocional. También sucede alrededor de la mesa, durante una conversación, en la manera de resolver un conflicto, en cómo los padres reaccionan ante una crisis y en la forma en que tratan a los demás.

La fe que deseamos ver en nuestros hijos debe comenzar siendo visible en nosotros. Llegará el momento en que los hijos ya no caminarán tomados de la mano de sus padres. La oración es que, cuando ese día llegue, hayan aprendido a caminar tomados de la mano de Dios.

“ Los padres siembran, enseñan, modelan, corrigen, oran y acompañan; pero es *Dios* quien obra profundamente en el corazón.”

JÓVENES

CON

IDENTIDAD, PROPÓSITO Y PODER



Rda. Mildred L. Jayas

SECRETARIA EJECUTIVO IDPMI REGIÓN DE PR

UNA IDENTIDAD EN CRISTO

“Juventud, divino tesoro”, expresión del poeta Rubén Darío, resume el valor de una de las etapas más importantes de la vida. La juventud es el período de transición entre la niñez y la adultez. En ella se experimentan cambios físicos, emocionales e intelectuales, pero también es el tiempo en el que se forman el carácter, los valores, la vocación y el proyecto de vida.

Para el joven cristiano, la juventud representa mucho más que una etapa de crecimiento. Es el tiempo en el que Dios desea afirmar su identidad, revelar el propósito para el cual fue creado y capacitarlo con el poder de su Espíritu.

La identidad responde a una de las preguntas fundamentales del ser humano: ¿quién soy? Está formada por las convicciones, los valores y los principios que definen y dirigen nuestra vida. Cuando un joven desconoce su identidad en Cristo, fácilmente puede ser influenciado por las presiones de la sociedad. Sin embargo, cuando comprende quién es en Dios, puede vivir con seguridad, dirección y firmeza.

Ante esta realidad, cada joven debe preguntarse: ¿Quién soy en Dios? ¿Conozco el propósito para el cual Él me creó? ¿Estoy viviendo bajo la autoridad que Él ha establecido para mi vida?

“

Dios puede usar
poderosamente
a quienes deciden
consagrarse a Él
desde una edad
temprana.

La Biblia presenta numerosos ejemplos de jóvenes que permitieron a Dios moldear sus vidas. Aunque sus historias fueron distintas, en todas encontramos un mismo patrón: Dios afirmó su identidad, reveló su propósito y manifestó su poder.

José fue rechazado por sus hermanos, quienes solo veían en él al hijo preferido de Jacob. Sin embargo, Dios veía a un soñador, a un administrador y al hombre que preservaría la vida de muchos. Lo que comenzó con rechazo y sufrimiento terminó con exaltación, porque Dios cumplió el propósito que había diseñado para él (Génesis 37–50).

David tampoco fue considerado importante por su propia familia. Mientras los hombres miraban su apariencia, Dios observaba su corazón. En la soledad del campo, el Señor formó al pastor que más tarde se convertiría en un valiente

guerrero y en un gran rey. Dios lo preparó en lo secreto antes de exaltarlo en público.

Daniel fue llevado cautivo a Babilonia siendo muy joven. Lejos de su tierra y rodeado de una cultura pagana, decidió permanecer fiel a Dios. El Señor lo sostuvo, lo libró del foso de los leones y lo convirtió en un profeta cuya influencia alcanzó generaciones. Su identidad nunca dependió del lugar donde vivía, sino del Dios a quien servía.

Estos ejemplos nos enseñan que, cuando Dios afirma la identidad de una persona, también la conduce hacia el cumplimiento de su propósito.

UN PROPÓSITO QUE DA DIRECCIÓN

El apóstol Pablo comprendía los desafíos que Timoteo enfrentaba por ser joven.

Por eso le escribió:

“Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza.”

— 1 Timoteo 4:12 (RVR1960)

Timoteo no debía permitir que su juventud se convirtiera en una limitación. Por el contrario, estaba llamado a demostrar, mediante su conducta, que Dios puede usar poderosamente a quienes deciden consagrarse a Él desde una edad temprana.



Pero Dios no solo afirma la identidad y revela el propósito; también concede poder para vivir de acuerdo con su llamado. El poder del joven cristiano proviene del Espíritu Santo, no de la fuerza física, el talento o la popularidad. Su presencia le permite vencer el pecado, resistir la presión del grupo, mantenerse firme en sus convicciones y servir con fidelidad.

Además, produce dominio propio, fortalece el carácter y da valentía para compartir la fe. Es el poder que transforma vidas y capacita al creyente para influir positivamente en quienes le rodean.

El apóstol Juan afirmó esta verdad cuando escribió:

“...Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno.”

— 1 Juan 2:14b (RVR1960)

La verdadera fortaleza del joven cristiano no radica en sus propias capacidades, sino en la Palabra de Dios que permanece en su corazón. Esa Palabra le ayuda a discernir, resistir y vencer en medio de una generación que constantemente intenta apartarlo de los principios del Señor.

Por eso, Dios llama a la juventud a marcar la diferencia en un mundo que necesita modelos de integridad, santidad y compromiso. La sociedad ofrece identidades pasajeras, pero solo Cristo ofrece una identidad firme y eterna.

**Cuando
comprende
quién es en Dios,
puede vivir con
seguridad,
dirección
y firmeza.**

”

**UN PODER QUE
TRANSFORMA**

Pablo también exhortó a Timoteo:

“Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti... Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.”

— 2 Timoteo 1:6-7 (RVR1960)

Ese llamado sigue vigente hoy. Dios no ha llamado a los jóvenes a vivir dominados por el temor, sino a caminar con valentía, amor y dominio propio, poniendo al servicio del Reino los dones que Él les ha confiado.

Avivar el fuego implica cuidar, desarrollar y utilizar aquello que Dios ha depositado en cada vida. Los dones no fueron dados para permanecer ocultos, sino para servir, edificar a otros y glorificar el nombre del Señor.

Finalmente, el sabio Salomón exhorta:

“Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud...”

— Eclesiastés 12:1 (RVR1960)

La juventud es una de las etapas más significativas para entregar la vida al Señor. Es un tiempo propicio para permitir que Él forme el carácter, dirija los pasos y prepare el camino hacia el futuro. Recordar al Creador no significa pensar en Él ocasionalmente, sino reconocerlo como el centro de la vida y permitir que su voluntad oriente cada decisión.

Joven, Dios te conoce y te ha llamado con un propósito eterno. No permitas que otros definan quién eres. Encuentra tu identidad en Cristo, descubre el propósito para el cual fuiste creado y vive bajo el poder del Espíritu Santo.

Cuando conoces quién eres en Dios, comprendes por qué existes; y cuando descubres por qué existes, el poder del Espíritu Santo te capacita para caminar con autoridad, servir con fidelidad y dejar una huella que glorifique el nombre de Jesucristo.

JUVENTUD EN LAS MISIONES

Preservados para un propósito

Director Misiones
IDPMI Sede Internacional

Rdo. Antonio "Tony" Gerena



"Y Dios me envió delante de vosotros,
para preservaros posterioridad sobre la
tierra, y para daros vida por medio de
gran liberación."
— Génesis 45:7

La historia de José es una de las narrativas más poderosas sobre propósito, sufrimiento, providencia y misión. Aquel joven que recibió sueños de parte de Dios no imaginaba que el camino hacia su cumplimiento incluiría rechazo familiar, una cisterna, esclavitud, falsas acusaciones y años de prisión. Sin embargo, al encontrarse nuevamente con sus hermanos, José pudo interpretar toda su historia desde una perspectiva espiritual: ***"Dios me envió delante de vosotros"***.

José no habló desde el resentimiento, sino desde la revelación. Entendió que Dios había usado cada etapa de su vida para llevarlo a un lugar estratégico. No fue simplemente vendido solamente a Egipto; fue enviado por Dios. **No llegó al palacio por casualidad; llegó para preservar vidas.** Su posición, influencia y recursos tenían una finalidad mayor que su propio bienestar: salvar una generación.

PRESERVADOS PARA UN PROPÓSITO

Este principio debe arder en el corazón de nuestra juventud pentecostal. Dios sigue llamando jóvenes para ir delante, abrir caminos, servir en lugares difíciles, levantar iglesias, alcanzar comunidades y anunciar el evangelio hasta lo último de la tierra.

La juventud no es únicamente la iglesia del futuro; es una fuerza misionera del presente.

Vivimos en una generación marcada por grandes avances tecnológicos, movilidad global, diversidad cultural

y acceso inmediato a la información. Pero también vemos una profunda necesidad espiritual. Millones de personas viven sin esperanza, sin dirección y sin conocer a Jesucristo.

En medio de esta realidad, Dios está levantando jóvenes con sensibilidad espiritual, preparación ministerial, visión global y disposición para obedecer.

La misión no comienza necesariamente con un viaje internacional. Comienza cuando un joven entiende que ha sido enviado por Dios a su escuela, universidad, trabajo, vecindario, familia y comunidad. Cada espacio donde hay una persona que necesita escuchar el evangelio se convierte en un campo misionero. **El llamado puede llevarnos a otra nación, pero primero debe transformar nuestra manera de vivir donde estamos.**

PREPARADOS PARA SERVIR

José fue fiel antes de ser promovido. Fue íntegro en la casa de Potifar, responsable en la prisión y sabio en el palacio. Su carácter sostuvo el propósito que Dios había colocado sobre su vida. De la misma manera, una juventud misionera debe cultivar una vida de oración, santidad, obediencia a la Palabra y compromiso con la iglesia local. Los dones abren puertas, pero el carácter permite permanecer en ellas.

Esta formación espiritual y de carácter es indispensable para una iglesia que entiende su responsabilidad misionera. La Iglesia de Dios Pentecostal Movimiento Internacional reconoce que la

obra misionera no es una opción secundaria, sino parte esencial de nuestra identidad. Somos una iglesia nacida en el fuego del Espíritu Santo y enviada a cumplir la Gran Comisión. El mismo Espíritu que descendió en Pentecostés impulsó a la iglesia a cruzar fronteras, idiomas, culturas y barreras sociales.

Por eso, necesitamos jóvenes llenos del Espíritu Santo, pero también capacitados para servir. Jóvenes que conozcan la Biblia, comprendan las culturas, desarrollen liderazgo, aprendan idiomas cuando sea necesario y estén dispuestos a responder al llamado de Dios. La preparación no reemplaza la unción, pero la unción debe caminar junto a la preparación.

ENVIADOS A LAS NACIONES

Además, la juventud tiene una capacidad especial para conectar con su generación. Puede utilizar las redes sociales, la música, el arte, los medios digitales y las relaciones personales para comunicar el mensaje eterno de Cristo con claridad y relevancia. Sin embargo, aunque cambien los medios y las formas de comunicarlo, el mensaje no puede cambiar: Jesucristo salva, transforma, sana, restaura y viene otra vez.

Génesis 45:7 nos recuerda que Dios preserva y envía con propósito. Quizás algunos jóvenes han pasado por temporadas difíciles, decepciones, limitaciones económicas, puertas cerradas o momentos de incertidumbre.

Pero Dios puede usar incluso esas experiencias para formar el carácter y preparar el corazón para una asignación mayor.

No permitas que una circunstancia temporal defina tu futuro. Ninguna de las etapas difíciles que atravesó José canceló el propósito de Dios para su vida. **Lo que parecía una interrupción era parte de la preparación.** Dios estaba formando en él la madurez necesaria para administrar una misión de gran alcance.

Hoy el Señor continúa preguntando: “¿A quién enviaré?” La respuesta de la juventud pentecostal debe ser clara: **“Heme aquí, envíame a mí”.** Algunos serán enviados a las naciones; otros servirán en sus ciudades; otros sostendrán la obra con oración, ofrendas, recursos, capacitación y movilización. Todos tenemos una responsabilidad en la misión de Dios.

Juventud en las Misiones no es solamente un lema. Es una convicción, una responsabilidad y un llamado. Dios está levantando una generación que no se conformará con observar la necesidad desde lejos, sino que responderá con fe, compasión y obediencia.

Como José, hemos sido preservados para un propósito. Como iglesia pentecostal, hemos sido llenos del Espíritu para testificar. Como juventud, hemos sido llamados para ir delante y preparar el camino para que otros conozcan la vida y la gran liberación que solamente se encuentra en Jesucristo.



Rumbo a los 90 años de AJEC PR

Un legado con Cristo en el centro

Joyce Lyan Torres
Relacionista Público AJEC PR



En la **Asociación de Jóvenes Embajadores de Cristo (AJECPR)** continuamos llevando fervientemente el mensaje de salvación, amando, entendiendo, ayudando y formando a la juventud de Puerto Rico. Durante el año fiscal 2025-2026, bajo el lema **“Antorchas Encendidas”**, enfocamos nuestros esfuerzos en que cada joven viviera apasionado por mantener el fuego del Espíritu Santo ardiendo en su corazón.

Comenzamos el año celebrando una nueva temporada en nuestro **Inicio de Año**, donde nuestros jóvenes se reunieron para adorar a Dios y levantarse como la generación que Él ha escogido para liderar en este tiempo. También disfrutamos de nuestro esperado **“Sport Day”**, un espacio de sana diversión, compañerismo y conexión.

En el **Encuentro con Dios, “Arde”**, vimos una juventud dispuesta a apartarse de 6:00 a. m. a 6:00 p. m. en oración y ayuno, demostrando que nuestra generación no se conforma y está dispuesta a buscar un encuentro genuino con Dios.

“Cara a Cara” fue un espacio de transformación para los líderes de nuestras iglesias locales. Como expresó nuestro recurso Obed Pérez:

“Un verdadero líder de Dios no es alguien que busque la gloria o la fama; es alguien que desea hacer la voluntad del Padre aunque nadie lo sepa. ¡La gloria siempre será de Dios!”

En el **Congreso “Seasons”**, aprendimos que Dios tiene un propósito para cada temporada de nuestras vidas. Aunque nuestra mente es limitada, podemos confiar en que Él hace todo hermoso en Su tiempo y nos invita a caminar por fe.

El **Campamento de Juveniles “Inquebrantables”** fortaleció a nuestros embajadores más pequeños, enseñándoles que, como diamantes, Dios los forma para brillar y vivir rendidos a los pies de Cristo.

Por su parte, en el **Campamento de Jóvenes “Viento Recio”**, experimentamos el soplo del Espíritu Santo que nos impulsó a profetizar sobre aquello que estaba muerto. Así como en Hechos 2:2 y Ezequiel 37:7-10, Dios continúa trayendo vida y levantando nuestra generación para Su gloria.

En nuestra **89^{na}. Convención Regional, “Yo Soy el que Soy”**, las poblaciones de Diversidad Funcional, Juveniles, Jóvenes Adultos, Matrimonios y Jóvenes se unieron

durante tres noches para exaltar a Aquel que es digno, poderoso y santo.

Nuestra juventud también impactó miles de vidas mediante el **Live Recording “Esencia”**, el **Podcast de AJECPR** y su participación coral en la celebración de los **110 años de Pentecostés**.

“

Ahora, en el año fiscal 2026-2027, caminamos rumbo a la celebración de 90 años de historia y legado, marcados por el poder de Dios. Comenzamos esta nueva temporada bajo el lema “En el Centro”, recordando que Cristo debe permanecer en el centro de todo.

El legado de los Embajadores de Cristo continúa. Seguiremos marchando como soldados del ejército celestial, formando generaciones y manteniendo el arca **“En el Centro”**, porque cuando Cristo está en el centro, nuestra generación encuentra su propósito:

“Todos para Cristo, Cristo para todos”.



UNA GENERACIÓN ENCENDIDA



NICOLE M. ASTACIO | PRESIDENTA AJEC PR

Hay años que pasan y se convierten simplemente en recuerdos. Pero hay otros que dejan huellas, marcan vidas y se convierten en testimonio de la fidelidad de Dios. Este ha sido uno de esos años para la Asociación de Jóvenes Embajadores de Cristo en Puerto Rico.

Podemos mirar hacia atrás y decir con gratitud: **¡Dios ha sido bueno!**

Hemos vivido un gran año: un año de crecimiento, retos, nuevas experiencias, encuentros, adoración y momentos en los que hemos podido contemplar cómo Dios continúa levantando una generación dispuesta a servirle.

Y cuando hablamos de una generación encendida en el fuego, no nos referimos simplemente a emociones pasajeras. Hablamos de jóvenes cuyo corazón arde por Cristo; jóvenes que han decidido que su fe no será solamente algo que profesan con sus labios, sino una convicción que demostrarán con sus vidas.

SOMOS EMBAJADORES DE CRISTO

Eso significa que llevamos Su nombre, representamos Su Reino y anunciamos Su mensaje dondequiera que vamos. En nuestras iglesias, comunidades, escuelas, universidades, trabajos y hogares, tenemos la responsabilidad y el privilegio de demostrar que Jesucristo sigue transformando vidas.

Puerto Rico necesita una generación así.

- Una generación que ore cuando otros han dejado de orar.

- Una generación que adore aun en medio de la dificultad.
- Una generación que ame la Palabra de Dios y no tenga vergüenza de vivirla.
- Una generación que sirva sin buscar reconocimiento.
- Una generación que lleve esperanza al quebrantado y anuncie salvación al perdido.
- Una generación que pueda decir: **"Aquí estoy, Señor; úsame a mí".**

Durante este año hemos visto destellos de esa generación. Cada actividad realizada, cada joven alcanzado, cada iglesia que abrió sus puertas, cada líder que entregó su tiempo, cada oración levantada y cada vida tocada son evidencia de que Dios continúa obrando entre nosotros.

Pero lo vivido no representa el final; es solamente el comienzo.

El fuego que Dios ha encendido no puede quedarse dentro de las cuatro paredes de nuestros templos. Tiene que extenderse, alcanzar nuestros pueblos, nuestras comunidades y cada rincón de nuestra isla.

Que de norte a sur y de este a oeste se levanten jóvenes apasionados por la presencia de Dios. Que Puerto Rico pueda ver una juventud diferente: llena del Espíritu Santo, firme en la Palabra, comprometida con la Iglesia y decidida a cumplir la Gran Comisión.

Hoy celebramos todo lo que Dios nos permitió vivir durante este gran año, pero también

miramos hacia adelante con expectativa.

- Hay más vidas que alcanzar.
- Hay más jóvenes que disciplinar.
- Hay más comunidades que impactar.
- Hay más llamados que despertar.
- Hay más sueños que poner en las manos de Dios.

Por eso, nuestra oración no es simplemente: **"Señor, gracias por lo que hiciste"**. Nuestra oración también es: **"Señor, aviva el fuego"**.

- Aviva el fuego en nuestros jóvenes.
- Aviva el fuego en nuestros líderes.
- Aviva el fuego en nuestras iglesias.
- Aviva el fuego en cada asociación y en cada pueblo de Puerto Rico.

Que nunca nos conformemos con recordar lo que Dios hizo ayer, sino que tengamos hambre de ver lo que Él quiere hacer hoy y mañana.

- Somos jóvenes.
- Somos llamados.
- Somos enviados.
- Somos Embajadores de Cristo.

Y con las fuerzas que Dios nos concede, seguiremos proclamando Su nombre, sirviendo a Su Iglesia y llevando el mensaje de Jesucristo a nuestra generación.

Este año hemos visto el fuego encenderse. Ahora nos corresponde mantenerlo ardiendo y llevarlo a otros.

Que se levante en Puerto Rico una generación encendida en el fuego de Dios.



Más que hijos de pastores, DISCÍPULOS DE CRISTO



UNA
IDENTIDAD
QUE
TRASCIENDE

Gerardo A. Vázquez González
Relacionista Público CHISPA PR



Ser hijo de pastor es una bendición. No porque sea la mayor aspiración que alguien pueda tener en la vida, mucho menos porque sea una posición merecida, sino porque somos parte de una familia que Dios decidió escoger y capacitar para administrar y guiar con gracia, amor y misericordia a otros.

Somos bendecidos porque nacemos en un entorno de servicio, precisamente aquello que Cristo modeló durante su paso por esta tierra y que deseaba que sus discípulos imitaran.

Un discípulo es un estudiante o seguidor activo de un maestro o líder. Como hijos de pastores, tenemos uno de los privilegios más grandes: **SERVIR** a una comunidad de fe por medio del llamado de nuestros padres. Somos seguidores activos que deseamos cumplir Su propósito en aquello que se nos delega.

Por encima de todo lo que podamos alcanzar en esta tierra, no hay título más importante que ser **DISCÍPULOS, seguidores del Maestro.**

Hay un suceso bíblico que siempre me ha marcado porque refleja el corazón de los discípulos, quienes deseaban imitar al Maestro y hacer lo correcto. Ese anhelo queda reflejado en la petición de uno de ellos:

"Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor,

enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos."

— Lucas 11:1 (RVR1960)

En respuesta a este verso bíblico, mi pregunta siempre ha sido: ¿qué vieron los discípulos en Jesús por medio de la oración?

La intención de los discípulos no era solo andar cerca de Jesús, sino aprender de Él y hacer lo que Él les modelaba.

La cercanía provoca intimidad, y la intimidad revela la realidad de un corazón.

Solo un discípulo entiende la intención del corazón de su maestro. Es por eso que los discípulos anhelaban estar cerca de Él, caminar con Él y aprender de Él.

Por tal razón, nuestro anhelo va más allá de ser solo los hijos del pastor; nuestro anhelo es ser aquellos que imitan lo que les enseña su Maestro.

Porque el llamado de nuestros padres NO reemplaza el llamado de Dios hacia nosotros.

Un día el ministerio de nuestros padres llegará a su fin y, cuando culmine, ese no será nuestro final, porque lo que Dios ha depositado en nosotros responde a quienes somos en Él y no simplemente a que somos hijos de ministros.

Los hijos de pastores no solo somos los hijos del líder de la iglesia; somos aquellos

que cada día decidimos levantarnos, negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra cruz y seguir a Cristo. Jesús mismo expresó:

"Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo."

— Lucas 14:27 (RVR1960)

Nuestra identidad no viene de quienes son nuestros padres ni proviene de una credencial ministerial; **nuestra identidad proviene de Aquel que entregó TODO por nosotros.** A Él seguimos, por Él vivimos y a Él servimos.

No elegimos nacer en el hogar de un pastor, pero sí elegimos seguir a Cristo. Nuestro mayor logro nunca será que nos reconozcan como "el hijo del pastor", sino que en el cielo nos conozcan como discípulos fieles de Jesús.

Cuando el ministerio de nuestros padres ya no esté frente a nuestros ojos, nuestra relación con Cristo seguirá siendo lo único capaz de sostenernos. Porque por encima de cualquier título, apellido o responsabilidad, somos llamados a caminar detrás del Maestro.

Jesús dijo:

"Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos."

— Juan 8:31 (RVR1960)

**Por lo tanto,
más que hijos de pastores,
somos DISCÍPULOS DE CRISTO.**

FUEGO

P E N T E C O S T A L

RDO. ABISAI NIEVES BERNARD

SUBSECRETARIO, EJECUTIVO REGIONAL
PASTOR IDPMI BUENA VISTA • HUMACAO, PR



El movimiento pentecostal ha sostenido desde sus orígenes que la presencia del Espíritu Santo constituye el poder transformador de la Iglesia. Esta afirmación no se reduce a una experiencia emocional, sino a la convicción de que la acción del Espíritu renueva la vida del creyente y restaura el dinamismo del cristianismo primitivo.

La Escritura presenta el encuentro con Dios como un evento de transformación radical. Saulo de Tarso, perseguidor de la Iglesia, es convertido tras su experiencia con Cristo en el camino a Damasco (Hechos 9:1-19), pasando a ser apóstol de los gentiles. En continuidad con esta realidad, Jesús ordena a sus discípulos esperar en Jerusalén hasta recibir el poder de lo alto (Lucas 24:49; Hechos 1:8), promesa cumplida en Pentecostés, cuando fueron llenos del Espíritu Santo y hablaron en otras lenguas (Hechos 2:4). Pedro interpreta este acontecimiento como cumplimiento de la profecía de Joel (Joel 2:28-29), en consonancia con Isaías 28:11-12, citado en 1 Corintios 14:21.

El libro de los Hechos muestra que esta experiencia no se limita a Pentecostés. En la casa de Cornelio, los gentiles reciben el Espíritu Santo, evidenciado en el hablar en lenguas y la alabanza a Dios (Hechos 10:46); y en Éfeso, los creyentes también hablan en lenguas y profetizan (Hechos 19:6). Este desarrollo conduce a Pedro a afirmar que Dios no hace acepción de personas (Hechos 10:34).

La enseñanza apostólica ofrece un marco teológico equilibrado. El Nuevo Testamento presenta el hablar en lenguas como evidencia inicial del bautismo en el Espíritu Santo (Hechos 2:4; 10:46; 19:6), como don espiritual para la edificación de la Iglesia (1 Corintios 12:10, 28) y

como expresión de oración y alabanza en el Espíritu (1 Corintios 14:2, 4, 14-15). Pablo, tras regular su uso en el contexto congregacional, concluye: “No impidáis el hablar lenguas” (1 Corintios 14:39).

En la experiencia pentecostal global, incluido el contexto caribeño, esta doctrina ha sido vivida en la predicación y la adoración comunitaria. Himnos y expresiones litúrgicas han reflejado la convicción de que el Espíritu Santo continúa obrando en la Iglesia, en continuidad con el derramamiento de Pentecostés.

En el presente, aunque algunos sectores cristianos cuestionan estas manifestaciones, el testimonio bíblico mantiene su vigencia. Jesús prometió señales que acompañarían a los creyentes, incluyendo el hablar en nuevas lenguas (Marcos 16:17), y el Espíritu distribuye sus dones soberanamente (1 Corintios 12:11).

La experiencia pentecostal, por tanto, no se fundamenta en el mérito humano, sino en la gracia y la voluntad de Dios.

La Iglesia contemporánea es llamada a buscar la plenitud del Espíritu con humildad, con el fin de glorificar a Cristo y fortalecer su misión. Cuando el Espíritu Santo ocupa el centro de la vida eclesial, se renueva la adoración, se manifiestan los dones y se revitaliza la misión. En este sentido,

Pentecostés no constituye únicamente un acontecimiento histórico, sino una realidad teológica continua para la comunidad creyente.



Consejos

para el joven predicador



EVANG. **Rubén Cabá**
IDPMI LA PARGUERA • LAJAS, PR

Nunca olvidaré la primera vez que tuve que predicar. Había estudiado el mensaje, había orado y pensaba que estaba preparado. Sin embargo, cuando me llamaron al púlpito, las piernas me temblaban, la garganta se me secó y el corazón parecía salirse del pecho. Mientras caminaba hacia el altar, entendí que estaba frente a una responsabilidad mucho más grande que dar un discurso: iba a proclamar la Palabra de Dios.

Con el paso de los años comprendí que no existe un privilegio más grande que servir al Señor como un instrumento en sus manos.

Ser predicador no significa ocupar un lugar visible, sino convertirse en un mensajero del Rey.

Hemos sido alcanzados por la gracia de Dios, una gracia que jamás podremos pagar, pero a la que sí podemos responder anunciando a Cristo, para que otros también sean alumbrados por la luz del evangelio y alcancen la salvación.

Además, tenemos el privilegio de fortalecer a nuestros hermanos en la fe, animarlos y edificarlos por medio de la Palabra de Dios. El llamado se recibe, pero el ministerio se construye durante toda la vida. Los consejos que quiero compartir no son fórmulas, sino principios que Dios me ha

permitido aprender y que me han sostenido a lo largo de los años en el ministerio.

Hoy deseo dejarlos en las manos de la nueva generación de jóvenes predicadores, con la esperanza de que les sirvan para crecer, mantenerse firmes y honrar a Cristo tanto desde el púlpito como fuera de él.

La Palabra de Dios declara:

"Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza... Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren" (1 Timoteo 4:12, 16, RVR1960).

Enamórate del texto antes de predicarlo

La primera responsabilidad del predicador no es hablar, sino escuchar a Dios por medio de su Palabra. Antes de preguntarte qué vas a decir, debes preguntarte qué dice realmente el texto. Es necesario leerlo despacio, varias veces y siempre en su contexto, entendiendo a quién fue escrito, por qué fue escrito y con qué propósito. Un sermón que nace de un versículo sacado de su lugar puede sonar atractivo, pero no alimenta ni edifica a quienes lo escuchan. El predicador que se enamora del texto nunca

se queda sin mensaje, porque la Escritura es un pozo que nunca se agota. No debes predicar lo que tú quisieras que el pasaje dijera, sino lo que el pasaje realmente está diciendo.

Predica de rodillas antes de predicar de pie

Ningún estudio puede sustituir la oración y ninguna oración puede sustituir el estudio, pero el orden espiritual es importante: primero la oración y después el escritorio. La preparación te dará contenido, pero la comunión con Dios es la que te da verdadera autoridad. Los mensajes que marcan vidas no son necesariamente los más elocuentes, sino aquellos que están empapados de la presencia de Dios.

Si vas a hablar en nombre de Dios, primero asegúrate de haber hablado con Dios. La palabra griega κήρυξ (*kéryx*) significa «heraldo» o «pregonero» y describe a alguien que no inventa el mensaje, sino que lo recibe del rey y lo proclama tal como le fue entregado. Pablo se identifica como *kéryx* en 1 Timoteo 2:7, recordándonos que la autoridad del predicador no está en su creatividad, sino en su fidelidad al mensaje que ha recibido.



Prepárate con excelencia, sin confiar en tu preparación

Existe un doble error entre los jóvenes predicadores: algunos suben al púlpito sin preparación, esperando que el Espíritu Santo supla su falta de diligencia, mientras que otros se preparan tanto que terminan confiando más en su estudio que en la dirección de Dios. La actitud correcta es prepararte como si todo dependiera de ti, pero predicar como si todo dependiera del Espíritu Santo. Debes estudiar, escribir, ordenar tus ideas, definir tu introducción y tu conclusión, y luego entregar todo eso en las manos de Dios con humildad y dependencia.

Cuida tu vida más que tu sermón

Pablo le dice a Timoteo: «Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina», y primero menciona el cuidado personal. El ministerio no se derrumba principalmente por falta de talento, sino por falta de carácter. Debes guardar tu vida privada, tu familia, tu pureza, tus finanzas y tu manera de hablar cuando nadie te está observando, porque lo que eres en secreto sostiene o destruye lo que predicas en público.

Un joven de conducta intachable puede predicar con humildad y ser escuchado

con respeto, pero un joven talentoso que descuida su vida terminará siendo recordado más por su caída que por su mensaje.

No imites a nadie: sé el predicador que Dios formó

Es natural admirar a quienes nos han precedido y también es sabio aprender de ellos, pero admirar no significa copiar. Dios no te llamó para ser una versión repetida de otro predicador, sino para ser tú mismo, con tu historia, tu temperamento y tu voz. Puedes aprender del estilo de los buenos predicadores, pero no debes adoptar sus gestos ni sus muletillas, porque la unción no se transmite por imitación. La iglesia necesita hombres llenos del Espíritu Santo, no copias de otros predicadores.

Sométete a autoridad espiritual

Ningún predicador crece de manera sana en aislamiento. Es necesario buscar un pastor, un mentor o un ministro maduro que pueda corregirte con amor y evaluarte con honestidad. Debes pedir que te escuchen predicar y que te digan la verdad, aunque en ocasiones duela, porque la corrección temprana evita muchos años de tropiezo.

El joven que se cree autosuficiente se estanca, pero el que se deja formar y corregir crece, madura y da fruto. Recuerda siempre que la sumisión no te disminuye, sino que te protege y te ayuda a madurar.

Joven predicador, Pablo le dijo a Timoteo: «*Persiste en ello*». Esa sigue siendo la exhortación para todo joven predicador. Persiste en el estudio de la Palabra, persiste en la oración, persiste en la santidad, persiste en el amor por las almas y persiste en servir a la iglesia con humildad.

El fruto pertenece a Dios; la fidelidad te corresponde a ti.

Nunca olvides que el ministerio no es una carrera para alcanzar reconocimiento, sino una vida de servicio para glorificar a Cristo. Predica con pasión, vive con integridad y ama profundamente a las personas que Dios ponga en tu camino. Si permaneces fiel, el Señor se encargará de dar el crecimiento y de cumplir su propósito a través de tu vida. Sirve hasta que creas que lo has hecho todo; y cuando llegues a pensar que ya lo hiciste todo, vuelve a servir como si no hubieras hecho nada.

Porque al final del ministerio descubrirás que *toda la gloria siempre ha pertenecido a Cristo*.

NO SOMOS DE LOS QUE RETROCEDEN



Pastor Alexander Zorrilla Andújar
Miembro Comité de Redacción

Un corredor está a poca distancia de la meta. Sus piernas tiemblan, respira con dificultad y cada paso duele más que el anterior. Mientras intenta recuperar el aliento, una voz comienza a susurrarle: «Ya hiciste suficiente. Detente. No continúes. Nadie te juzgará si abandonas ahora».

Por un instante mira hacia atrás, pensando en todo el esfuerzo invertido y en lo fácil que sería dejar la carrera. Sin embargo, levanta la vista, fija sus ojos en la meta y, aunque sus fuerzas parecen agotarse, decide dar un paso más... y luego otro. No porque el camino sea fácil, sino porque sabe que la recompensa está delante, no detrás.

De alguna manera, esa escena refleja la vida de muchos jóvenes cristianos. Caminamos en una carrera donde también existen momentos de cansancio, dudas, presiones y desánimo. El mundo constantemente nos invita a bajar la guardia, a conformarnos o

incluso a regresar a una vida lejos de Dios. Pero la Palabra nos recuerda una verdad que, sin duda alguna, sigue vigente:

"Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma" (Hebreos 10:39).

Vivimos en una generación marcada por el ruido. Cada día somos bombardeados por ideas, tendencias y voces que intentan definir quiénes somos y hacia dónde debemos caminar. Muchos llegan a pensar que la juventud cristiana ha desaparecido o que ya no existen jóvenes comprometidos con Dios. Sin embargo, esa no es la realidad.

Aún hay jóvenes que aman profundamente al Señor y han decidido servirle con todo su corazón. Jóvenes que, aunque enfrentan las mismas presiones que cualquier otra persona, mantienen claras sus prioridades

porque su enfoque y su norte siguen siendo Cristo. No somos perfectos; también tenemos luchas, dudas, momentos de cansancio y temporadas de aflicción. Pero nuestra confianza no descansa en nuestras fuerzas, sino en el Dios que prometió permanecer con nosotros.

El escritor de Hebreos declara con convicción: *"No somos de los que retroceden"*. La palabra retroceder significa volver atrás, abandonar una posición conquistada o desistir del camino emprendido por temor, presión o desánimo. En el contexto de Hebreos, muchos creyentes estaban siendo perseguidos y enfrentaban la tentación de renunciar a su fe para evitar el sufrimiento. La exhortación bíblica era clara: no abandonar la confianza puesta en Cristo.

Ese llamado sigue vigente para nuestra generación. Retroceder no siempre significa negar públicamente la fe;



PERO NOSOTROS NO SOMOS DE LOS QUE RETROCEDEN SINO DE LOS QUE TIENEN FE PARA PRESERVACIÓN DEL ALMA.

— HEBREOS 10:39 —

también puede manifestarse cuando dejamos que el temor sustituya la confianza, cuando permitimos que la presión del entorno determine nuestras decisiones o cuando, poco a poco, descuidamos nuestra relación con Dios hasta perder de vista el propósito para el cual fuimos llamados.

Como jóvenes cristianos, caminamos en un mundo que constantemente intenta desviar nuestra atención. Las redes sociales, la necesidad de sentirnos aceptados, el éxito inmediato y los valores cambiantes pueden convertirse en distracciones que compiten con nuestra comunión con Dios. Sin embargo, el Señor continúa llamándonos a permanecer firmes.

Nuestra identidad no se encuentra en la opinión de la sociedad, sino en Cristo.

Habrà momentos en los que el camino parezca demasiado largo. Nos

cansaremos. Habrà días en que nuestras fuerzas parezcan agotarse y las circunstancias nos hagan preguntarnos si vale la pena seguir adelante. Pero precisamente en esos momentos recordamos que Dios nunca abandona a los suyos.

Él fortalece al cansado, afirma nuestros pasos y nos enseña a caminar por fe, aun cuando no podemos ver con claridad el siguiente paso.

Por eso, juventud, este no es el tiempo de mirar hacia atrás. Es tiempo de afirmar nuestros pasos, levantar la mirada y seguir confiando en el Dios al que servimos. Permanecer firmes en la fe no significa que nunca enfrentaremos dificultades; significa que, pase lo que pase, sea en los días buenos o en los días difíciles, no permitiremos que nada nos mueva de la confianza que hemos puesto en Dios y en su Palabra.

La juventud no está perdida. Dios sigue levantando una generación que le ama, le sirve y permanece fiel. Somos jóvenes que hemos decidido caminar con Cristo, aun cuando hacerlo implique ir contra la corriente. Somos una generación que comprende que la verdadera victoria no consiste solamente en comenzar bien, sino en permanecer hasta el final.

Hoy, más que nunca, necesitamos una juventud que continúe avanzando. Una juventud que no negocie sus convicciones, que persevere cuando otros se detienen y que mantenga sus ojos puestos en Jesús. Porque, al igual que aquellos creyentes a quienes escribió el autor de Hebreos, nosotros también podemos declarar con firmeza:

no somos de los que retroceden; somos de los que continúan caminando por fe, confiando plenamente en Aquel que nunca ha dejado de ser fiel.



TECNOLOGÍA: Clave para la MISIÓN

HERNÁN ENRIQUE RIVERA
DEPTO. MISIONES Y EVANGELISMO
IDPMIPR



Cuando escuchamos la palabra tecnología, es común pensar inmediatamente en inteligencia artificial, teléfonos inteligentes, computadoras o redes sociales. Sin embargo, la tecnología es mucho más que dispositivos electrónicos; es el desarrollo de herramientas y procesos que permiten al ser humano realizar sus tareas con mayor eficiencia, rapidez y alcance.

Desde esa perspectiva, podemos comprender que la historia de la misión cristiana ha estado acompañada por avances tecnológicos. Estos nunca cambiaron el mensaje del evangelio ni sustituyeron la misión de la Iglesia; por el contrario, Dios ha permitido que cada generación disponga de nuevas herramientas para cumplir LA MISIÓN con mayor eficacia y llegar a más personas.

Los primeros cristianos aprovecharon los avances del Imperio Romano para expandir el evangelio: una extensa red de caminos, mejores medios de transporte y un idioma ampliamente conocido que facilitó comunicar el mensaje a gran parte del mundo. Siglos más tarde, la imprenta de Gutenberg multiplicó la distribución de la Palabra

de Dios y contribuyó significativamente a la expansión del cristianismo, abriendo incluso el camino para la Reforma Protestante.

Con el paso del tiempo surgieron nuevas herramientas como la radio, la televisión, la telefonía, las computadoras, el internet y los teléfonos inteligentes. Hoy somos testigos del comienzo de una nueva etapa marcada por la inteligencia artificial, una tecnología que ya está transformando la manera en que las personas aprenden, trabajan y se comunican.

Cada uno de estos avances permitió atravesar fronteras para el cumplimiento de LA MISIÓN que Jesús encomendó en Mateo 28:19-20 y Marcos 16:15. Hoy, la tecnología continúa derribando barreras que antes parecían imposibles de superar. Por ejemplo, rompe la barrera del idioma mediante traducciones en tiempo real y herramientas capaces de convertir voz en texto o texto en voz en múltiples lenguas. Reduce la distancia, permitiéndonos predicar, discipular y acompañar a personas desde cualquier parte del mundo. También elimina las limitaciones del tiempo, haciendo posible que alguien reciba enseñanza bíblica en cualquier momento del día.

Además, reduce las barreras económicas al permitir que una sola persona produzca materiales que antes requerían grandes equipos de trabajo e importantes inversiones. Incluso abre puertas para personas con diversidad funcional mediante lectores de pantalla, subtítulos automáticos, reconocimiento de voz y otras herramientas de accesibilidad, como las gafas con cámara y audio que describen en tiempo real lo que la persona tiene frente a sí.

No obstante, es importante recordar que, aunque la tecnología puede ampliar el alcance de la misión, jamás sustituirá la obra redentora y transformadora del Espíritu Santo.

La
TECNOLOGÍA
*no es el
mensaje.*

CRISTO
*sigue siendo
el mensaje.*



El mismo mensaje, más oportunidades para llegar más lejos.

La tecnología, por sí misma, no tiene conciencia. Es simplemente una herramienta. Puede servir para expandir el evangelio, pero también puede utilizarse para detenerlo o distorsionarlo. La imprenta publicó Biblias, pero también difundió falsas doctrinas. La radio transmitió el evangelio, pero igualmente propagó ideas inmorales y antiéticas. El internet ha servido para discipular a millones de personas y, al mismo tiempo, ha facilitado la difusión de la desinformación y del pecado.

La inteligencia artificial seguirá el mismo principio: no es buena ni mala en sí misma. Todo dependerá del propósito y de la intención del corazón de quien la utilice o la desarrolle.

Como he señalado en más de una ocasión en mi libro *La IA y Yo: De la incertidumbre y el miedo a la empatía y la integración*, el mayor peligro de la inteligencia artificial no es la tecnología, sino el ser humano.

Entonces, ¿es realmente la tecnología clave para cumplir la misión? Vale la pena reflexionar sobre esta pregunta.

Cada generación ha recibido herramientas distintas, pero la misión permanece inalterable:

«Id, y haced discípulos a todas las naciones...»

Hoy contamos con recursos que hace apenas unas décadas parecían ciencia ficción. Audífonos capaces de traducir conversaciones en tiempo real, inteligencia artificial que facilita la creación de contenido y rompe barreras del lenguaje, redes sociales que conectan culturas y dispositivos inteligentes que permiten llevar la Biblia y el discipulado en la mano de millones de personas.

Creo que nunca antes la Iglesia había contado con tantas oportunidades para llegar más lejos, en menos tiempo y con mayor accesibilidad. Sin embargo, nunca debemos olvidar que la tecnología no es el mensaje. Cristo sigue siendo el mensaje. La tecnología tampoco es la misión. La misión sigue siendo hacer discípulos.

Cuando las herramientas de nuestra generación se ponen al servicio del Reino de Dios, dejan de ser simples avances tecnológicos para convertirse

en instrumentos que nos ayudan a obedecer con mayor eficacia el mandato de Jesús:

«Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.»

El evangelio no se detendrá. La pregunta es si nosotros estaremos dispuestos a utilizar sabiamente las herramientas que Dios ha puesto en nuestras manos para cumplir la misión que nos ha encomendado.

Si tu respuesta es: ¡Claro!, entonces manos a la obra.

Aprende.
No tengas miedo.
Ora.
OBEDECE.
VE.



IDPMI CAPITANEJO

JUANA DÍAZ, PR

100 AÑOS
DE FE, MISIÓN Y ESPERANZA
1926 - 2026



RDO. MOISÉS FLORES

Con un profundo sentido de gratitud a Dios, la Iglesia de Dios Pentecostal M.I. de Capitanejo en Juana Díaz, Puerto Rico celebró el pasado domingo, 16 de agosto, sus 100 años de historia, en una jornada que reunió a generaciones para honrar el pasado, celebrar el presente y mirar con esperanza hacia el futuro.

Bajo el lema:

"100 AÑOS DE FE, MISIÓN Y ESPERANZA",

la conmemoración destacó la fidelidad de Dios a lo largo de un siglo de ministerio y servicio en la comunidad de Capitanejo.

La historia de esta congregación se remonta a 1926, cuando se estableció una de las primeras capillas pentecostales en el barrio Galicia de Juana Díaz. Según los registros históricos, aquella primera capilla fue pastoreada y construida bajo el liderazgo de Santiago Echevarría. Con el paso de los años, la obra atravesó diferentes etapas y reubicaciones, hasta convertirse en la congregación que hoy conocemos como IDPMI Capitanejo.

Durante la actividad fueron presentadas fotografías y recuerdos de las primeras generaciones de creyentes, permitiendo a los presentes apreciar el camino recorrido y

reconocer a quienes, con sacrificio, oración y dedicación, contribuyeron a que la obra permaneciera y continuara creciendo hasta nuestros días.

Como parte de los actos conmemorativos, fueron reconocidos varios de los pastores que, en distintas etapas de su historia, tuvieron la responsabilidad de dirigir la congregación, honrando así su aportación al crecimiento y desarrollo espiritual de la iglesia. De igual manera, se reconoció con especial alegría a los llamados "hijos de la casa" que respondieron al llamado de Dios al pastorado, llevando a otros lugares el evangelio que recibieron y vivieron en esta congregación.

Otro momento significativo fue el reconocimiento a miembros que llevan más de 50 años formando parte de la iglesia. Sus vidas representan un legado de fidelidad y perseverancia, y son testimonio de una fe que ha sido transmitida de generación en generación.

El centenario también permitió celebrar una iglesia viva y activa en el presente. Recientemente, 10 nuevos miembros fueron recibidos, evidencia de que estos 100 años no representan el final de una historia, sino el comienzo de un nuevo capítulo.

Actualmente, la congregación es pastoreada por el Rdo. Moisés Flores, quien, junto a su familia y a la iglesia, continúa trabajando para fortalecer la vida espiritual de sus miembros, alcanzar nuevas generaciones y mantener vigente la misión de proclamar el evangelio y servir a la comunidad.

La conmemoración de estos 100 años se convirtió así en un encuentro entre generaciones: quienes sembraron, quienes han permanecido y quienes hoy asumen la responsabilidad de continuar la obra.

El sentir de la congregación quedó resumido en las palabras del salmista:

***"Grandes cosas ha hecho
Jehová con nosotros;
estaremos alegres."***

— Salmo 126:3

Después de un siglo, IDPMI Capitanejo celebra con gratitud lo que Dios ha hecho, honra a quienes han formado parte de su historia y mira hacia el futuro con la convicción de que todavía hay mucho por hacer.

1926-2026:

100 años de fe, misión y esperanza.

Una historia de la fidelidad de Dios que continúa escribiéndose.

100 AÑOS

DE FE, MISIÓN Y ESPERANZA

IDPMI CAPITANEJO | JUANA DÍAZ

UNA
IGLESIA

UNA
FAMILIA

UNA
MISIÓN



PASADO

PRESENTE

FUTURO

EN SUS
MANOS

1926 – 2026

Una historia de la fidelidad de Dios que continúa escribiéndose.

SEPTIEMBRE

— MES DE LA BIBLIA —



Porque la
palabra de Dios
es viva y eficaz,

—
HEBREOS 4:12 | RVR1960

